

GRACIELA SALTO, ed. *Ínsulas y poéticas: figuras literarias en el Caribe*. Buenos Aires: Biblos, 2012.

¿Cuál es el espacio topográfico y los límites que designa el Caribe? ¿Cuáles son los contornos culturales de la antillanidad? ¿Cómo se resignifica la figura de la insularidad en el cruce de la diáspora, el exilio y las migraciones de las últimas décadas? ¿Puede concebirse una unidad en un “entrelugar” de la pluralidad de lenguas, culturas e historias? ¿Qué figuras literarias, qué dimensiones utópicas y distópicas, diseñan una idea de identidad y de memoria colectiva en un territorio signado por la violencia colonial y esclavista?

Los estudios del volumen *Ínsulas y poéticas: figuras literarias en el Caribe* se orientan a retomar estos interrogantes a partir de la lectura de una serie de relatos, discursos y ficciones en cuyas distintas modulaciones, según la compiladora, “parecen disolverse, fútiles, las categorías de ultramar” (12).

El libro está compuesto por once textos distribuidos en tres partes tituladas “Poéticas de la memoria insular”, “Poéticas de la lengua” y “Poéticas de la traducción”; las dos últimas, dedicadas exclusivamente a la literatura cubana de las últimas décadas.

La primera parte, “Poéticas de la memoria insular”, se abre con un abordaje panorámico del problema de la identidad en las Antillas: Mónica Bernabé trabaja algunas de las versiones más transitadas de dicho relato como un sitio discursivo atravesado por una serie de paradojas que emergen de su ambivalencia territorial, entre arraigo y desarraigo, insularidad y transculturación. Asimismo, la autora propone contextualizar estas formas y versiones en un proyecto más amplio que plantea una revisión crítica de la teoría de la transculturación para rescatar su potencia reflexiva en medio de la actual producción de conocimiento en torno de los fenómenos culturales latinoamericanos.

Los trabajos de Gabriela Tineo y Carolina Sancholuz abordan diferentes aspectos de la obra del puertorriqueño Edgardo Rodríguez Juliá. Tineo analiza *La noche oscura del Niño Avilés* (1984), novela de su producción temprana en donde se lee, a partir de

las interpretaciones en torno de la construcción de la ciudad utópica de Nueva Venecia, la persistencia por reescribir la historia fundacional de Puerto Rico en clave épica. Sin embargo, no se trata solo de una sustitución de un pasado signado por la carencia por otro heroico, sino de un pasado que se disemina sobre las aporías de un presente por hacerse. El artículo de Sancholuz destaca las visiones que sobre la noción de Caribe propone Rodríguez Juliá en su libro de crónicas-ensayos titulado *Caribeños*, a partir del trazado de puntos de contacto con las perspectivas de Pizarro, Glissant, Benítez Rojo y Díaz Quiñones.

Un estudio de la dinámica del campo literario y cultural puertorriqueño de fin de siglo XX es el que realiza Elsa Noya, más específicamente, de las intervenciones del artista plástico, poeta y teórico Elizam Escobar quien, a partir de los conceptos de “econarcisismo” y “transficción”, se instituye como un artista intelectual cuya visión política se sustancia en una práctica de libertad sin elisiones.

En la segunda parte, “Poéticas de la lengua”, el artículo de Celina Manzoni aborda el no lugar en la narrativa de Guillermo Rosales. Según la autora, *Boarding Home* apela a una estética que se articula sobre la inestabilidad de una doble pertenencia lingüística y cultural que augura el desplazamiento de la noción de exilio a la de diáspora a causa de un incesante movimiento en curso.

Siguiendo con la idea de desplazamiento, Sonia Bertón aborda la noción de exilio en “Exiliado de sí mismo” (1990) de Severo Sarduy, y en su novela *Maytrera* (1978). Más allá de la categoría geográfica, el exilio aparece como elemento constitutivo de la subjetividad que involucra las nociones de lo corporal, la sexualidad y el lenguaje. A partir de un andamiaje teórico sólido, vincula esta novela con las tesis neobarrocas del autor, las hipótesis de Said sobre el exilio, las postulaciones de Lacan y Kristeva acerca de la abyección, claves de lectura que funcionan como significantes que proliferan en torno a un significado obliterado: el del “exilio físico, real simbólico, corporal... en todos los casos, político” (114).

Denise León vislumbra las figuraciones poéticas de los desplazamientos y las migraciones en las últimas décadas a partir de una serie de notas en torno de *Ánima* de José Kozler. Según León, la experiencia del exilio aparece vinculada con la historia familiar y la diáspora judía, y la palabra poética deviene testimonio del contacto de distintas lenguas y de voces del pasado y del presente.

En el último apartado, “Poéticas de la tradición”, Alejandra Mahile desglosa exhaustivamente las diferentes inflexiones que a lo largo de la obra de la producción ensayística de Ortiz anterior al *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar* sufre la ideología del mestizaje. Asimismo plantea cómo aparece, en sus comienzos, la emergencia del concepto de “transculturación” ligada a una voluntad conciliadora de los conflictos raciales, sociales y culturales y establece un diálogo entre los diferentes discursos transculturadores a nivel nacional y continental, estableciendo comparaciones

puntuales con ensayos producidos en Cuba, Brasil, Haití en las primeras décadas del siglo XX.

María Guadalupe Silva estudia la configuración de la imagen de Lezama Lima, escindido entre las figuras de maestro, poeta, víctima, patriota y señor barroco a partir de una compilación de testimonios y documentos publicados en *Cercanía de Lezama Lima* (1986) por Carlos Espinosa. Además de una reflexión en torno del hecho mismo de homenajear, la autora destaca las máscaras que el mismo Lezama contribuyó a refrendar, los roles y gestos en que su identidad quedó cristalizada.

Carmen Perilli contrasta las ficciones de autor en dos novelas de Leonardo Padura: *La novela de mi vida* y *Adiós Hemingway*, que responden a modelos genéricos diversos. La primera, una novela histórica y la segunda, inscripta dentro del género policial. Las ficciones autobiográficas ocultas detrás de los personajes revelan la búsqueda de la identidad literaria. En ellas, Perilli señala que el autor se replica como lector e investigador de la vida del Otro: el poeta José María Heredia y Ernest Hemingway, respectivamente.

Finalmente, el análisis de Graciela Salto sobre la resignificación de los tonos y las voces de los poetas del siglo diecinueve en algunas intervenciones críticas de los últimos años inscriptas, como explica la autora, en una tendencia general a la revisión del pasado de la que la literatura cubana no está exenta. De este modo, la actualización del “tono sencillo” de José Jacinto Milanés, los matices “semi-andaluces” de José María Heredia y de las voces guajiras de Cirilo Villaverde, así como la valoración contemporánea de los “tonos inadecuados” de Plácido “interpelan desde el pasado el horizonte de expectativas de la escritura actual” (213); las voces son recuperadas no en su materialidad sino solo como acontecimiento que “desestabiliza las certezas del archivo, desplaza las figuras auráticas y expande la posibilidad de oír otros tonos en la plurivocidad del repertorio” (221).

Los ensayos convocados en esta antología confluyen no solo en una serie de miradas diversas sobre las figuras literarias en el Caribe insular. La premisa común anunciada por la compiladora en el prólogo de “establecer un diálogo entre las experiencias de lecturas generadas en nuestro Sur y el entramado de poéticas y narrativas del Caribe” (12) apuntan a una búsqueda orientada hacia la interconexión entre los campos culturales latinoamericanos al modo de los presupuestos de la “poética de la relación” pergeñada por Edouard Glissant (1990), es decir, de las diversas formas de encontrar vínculos y entramados como formas de contacto entre pueblos, etnias y culturas.

MARÍA EUGENIA BANCESCU